

Vol. X

México, D. F., 15 de marzo de 1946

Nº 20

EDITORIAL

DON Arturo Torres-Rioseco, Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, tuvo recientemente la gentileza de anunciar que he sido designado para continuar la obra emprendida con tanto acierto, desde hace ocho años, por Carlos García-Prada, como Director de esta publicación. Intérprete fiel de los ideales del Instituto, mi predecesor ha sabido expresarlos admirablemente, en una revista que goza ya de muy merecido crédito en el mundo de las letras de Iberoamérica. En tal sentido, no tengo otro camino que seguir, que el señalado con manifiesto tino por García-Prada.

La REVISTA IBEROAMERICANA seguirá siendo el exponente de lo que piensa el sector que tiene a su cargo crear la obra literaria en todos los países de América, los de habla inglesa como española, los que tienen por idioma oficial el francés como los que se expresan en la lengua de Camoens, y, además de ser vehículo de expresión

creadora, también acepta la misión de ser intérprete de los que enseñan las letras en nuestro continente. Maestros y críticos han contribuido a realizar, a través de las páginas de nuestra publicación, obra muy apreciable para el conocimiento recíproco de nuestros valores literarios fundamentales.

Tocó a García-Prada realizar su obra de coordinación y empeño, en uno de los momentos más difíciles para emprender una tarea de esta envergadura: años de guerra y, por lo tanto, de preocupaciones ajenas a una empresa que requiere sosiego, meditación y tranquilidad de espíritu. Hombre de su tiempo, apasionado por la justicia y la libertad, supo realizar gallardamente su labor, trayendo a las páginas de la REVISTA IBEROAMERICANA una vibración muy en consonancia con el tiempo que hemos vivido. El lema "A la fraternidad por la cultura" que ostenta el Instituto, se ha ido cumpliendo y en las páginas de nuestra publicación han aparecido los nombres de los más altos representantes del pensamiento continental. El francés, el inglés y el portugués han sido medios de expresión que han traído a nosotros el sentir de cada una de las Américas, en su idioma original.

Ahora que ha terminado la guerra, la responsabilidad es mayor para los escritores del continente y para el que transitoriamente asume la responsabilidad de coordinar los esfuerzos de todos. Se ha dicho que es la hora de América la que se anuncia en el amanecer del mundo a esta nueva vida que renace después de años de horror y de tragedia. En Nueva Orleans, en el último Congreso convocado por el Instituto, lo dijimos. La antorcha que ha venido pasando de generación en generación desde el Oriente legendario a través de Grecia y de Roma, Fran-

cia, España, Portugal e Inglaterra, en un desplazamiento hacia el occidente del meridiano de la cultura, ha llegado a nuestro continente. Es menester que la levantemos con decoro y la hagamos que ilumine nuestras tierras con resplandor igual al que ha iluminado en otras latitudes y en otros tiempos la conciencia de los hombres. Hagamos honor a la hora que nos ha tocado vivir y cumplan el escritor, el maestro y el crítico la misión que les está encomendada en esta hora capital para la humanidad.

Ya es un brillante augurio que se reconozca a nuestro continente la mayoría de edad que viene reclamando desde hace tiempo, y que, por primera vez, una recompensa internacional, como lo es el Premio Nobel, venga a premiar el esfuerzo y la calidad de la obra de un escritor iberoamericano.

En la persona de Gabriela Mistral la América, que tan hondamente ha sentido y con verbo tan cálido ha expresado la gran escritora, reconoce la importancia que la parte del continente de origen latino, digámoslo con la palabra consagrada, ha venido a tener en la vida del mundo moderno. Nada mejor para iniciar una tarea, y por ello me considero afortunado, que el rendir un homenaje a la gran poetisa americana en este número inicial de mi labor, y que sea un gran escritor, José Vasconcelos, el que interprete en esta ocasión el sentir de los hombres de letras de América.

Pido solamente a todos los colaboradores de la REVISTA IBEROAMERICANA, a los que han escrito en ella, a los que la leen con ejemplar devoción y también a los que patrocinan este noble esfuerzo de solidaridad continental, que sigan cooperando con el mismo entusiasmo

y la fe encendida que han puesto en los destinos del Instituto, que yo, por mi parte, haré lo posible por continuar la tarea iniciada ejemplarmente por mi antecesor.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA